

# 7 ¡Esperanza y ayuda para usted!

ROBERT H. PIERSON

*“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.*

*Si confesamos nuestros pecados,  
él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados,  
y limpiarnos de toda maldad”*

(1 Juan 1:8, 9).

**¿S**i solo pudiese predicar un sermón? ¡Es una pregunta muy desafiante! Tal sermón trataría de la gran necesidad del hombre, pero le daría esperanza en Jesucristo. Magnificaría la justicia de Cristo y presentaría el fundamento de la justificación y de la santificación. Y ningún mensaje debería omitir la bienaventurada esperanza del regreso del Salvador y la recepción de nuestra herencia. Debe haber una apelación al rendimiento y a la rededicación. Esto cubre bastante, pero creo que si una persona recibe la verdad contenida en el concepto “esperanza y ayuda para usted”, tendrá la oportunidad de ser salva aunque nunca escuche otro sermón.

Por lo tanto, si pudiese predicar un solo sermón, sería acerca de Cristo, nuestra justicia. Y el texto bíblico sería 1 Juan 1:8, 9.

## La justicia de Cristo se ocupa de nuestro pasado, presente y futuro

Un día que viajaba en bote entre Jamaica y Gran Caimán, me puse a conversar con otro pasajero, y pronto abordamos temas espirituales.

–No puedo pecar –me informó categóricamente–. Soy cristiano.

–Oh –le dije. Mi voz debe haber revelado la sorpresa que sentí–. ¿Cuánto tiempo ha sido cristiano?

–Durante 35 años –respondió.

–¿Y durante todos esos años nunca ha pecado?

El recién conocido titubeó.

–No –dijo deliberadamente–, nunca.

–¿Nunca ha perdido la paciencia, nunca ha hablado una palabra descortés, nunca ha albergado odio en su corazón, nunca ha acariciado la maldad durante todos esos años? –le pregunté suavemente.

–No, nunca –fue su firme respuesta.

–Pues, mi amigo –dije–, se me hace muy difícil entender tal cosa. La Biblia dice que “si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos” (1 Juan 1:8).

Como se imaginarán, el tema de la conversación cambió abruptamente. La Biblia declara: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23). “¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?” (Prov. 20:9). Solo de Cristo puede decirse en verdad, “el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Ped. 2:22). Si decimos que no hemos pecado –continúa el apóstol Juan–, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:10).

Cada hombre necesita un Salvador, porque todo hombre ha pecado. Necesitamos a Jesús para nuestros *ayeres*, para que se ocupe de nuestros pecados del pasado. También para nuestros *hoy*, a fin de que nos dé gracia y victoria sobre las tentaciones que constantemente nos asaltan. Lo necesitamos para nuestros *mañanas*, con la esperanza de verlo cara a cara en las nubes de los cielos.

Cuando contemplamos la elevada norma de justicia que Dios ha fijado para su pueblo, ¿cuántos de nosotros clamamos con el Pablo de antaño. “Para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Cor. 2:16). ¿Cómo podemos

aspirar a obtener la perfección que él requiere? Satanás busca utilizar tales pensamientos para producir desánimo espiritual en el cristiano. Está listo para “quitarnos toda vislumbre de esperanza y todo rayo de luz del alma” (Elena de White, *El camino a Cristo*, p. 54). Quizá le ha insinuado: “Tu caso es desesperado. No tienes redención” (Elena de White, *El ministerio de curación*, p. 192).

Si el malvado alguna vez le susurra tales palabras, deje que la Palabra de Dios rápidamente lo refute y le imparta confianza. “Tendrás confianza, porque hay esperanza” (Job 11:18). ¡Hay ayuda para usted! El Señor no espera que alcancemos solos las alturas de la madurez cristiana.

“Dios no nos exige que vencamos con nuestras propias fuerzas... Cualesquiera que sean las dificultades que nos abrumen y que opriman alma y cuerpo, Dios aguarda para libertarnos” (*Ibid.*). “En esperanza fuimos salvos” (Rom. 8:24).

El pasado, el presente y el futuro del hijo de Dios están en sus manos. “Sois salvos”, declara Pablo, con lo que indica que los pecados de ayer han sido resueltos. Una traducción literal de 1 Corintios 15:2 es: “Estáis siendo salvos”. De manera que Pablo nos asegura que Dios ha provisto ampliamente para nuestras necesidades de hoy. Igualmente asegura: “Serás salvo” (Rom. 10:9), lo que nos da la bendita seguridad de un mañana glorioso.

Esta esperanza, esta ayuda y esta victoria no se logran por nuestras propias fuerzas. Nos llegan a través del Hombre del Calvario. “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 15:57). “Revestida de la armadura de la justicia de Cristo, la iglesia entrará en su conflicto final” (Elena de White, *Profetas y reyes*, p. 535).

Cristo es nuestra justicia, nuestro Justificador, nuestro Santificador, aquel que un día nos glorificará. Satanás quisiera ocultar esta verdad de cada santo en sus luchas. ¡La justicia de Cristo se ocupa de nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro!

“El enemigo de Dios y del hombre no quiere que esta verdad sea presentada claramente; porque sabe que si la gente la recibe plenamente, habrá perdido su poder sobre ella” (Elena de White, *Obreros evangélicos*, p. 169).

¡En Cristo hay esperanza y ayuda! “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que po-

damos ser salvos” (Hech. 4:12). ¡Ningún otro nombre! Ni el nuestro, ni el de nuestros amigos cristianos, ni el de familiares devotos. Tampoco nos salvan las obras, ¡solo Cristo!

“La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero para esto no tienen ningún poder. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida. Debe haber un poder que obre en el interior, una vida nueva de lo alto, antes de que el hombre pueda convertirse del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo” (Elena de White, *El camino a Cristo*, pp. 16, 17).

Satanás no desea que esta verdad sea totalmente entendida, porque si como individuos o como iglesia esta llega a ser una realidad en nuestra vida, ¡su poder ciertamente será quebrantado!

¡En nuestra condición natural y pecaminosa, no tenemos esperanza! Cada uno de nosotros es naturalmente “carnal, vendido al pecado” (Rom. 7:14). En nosotros “no mora el bien” (vers. 18). “No hay justo, ni aun uno” (Rom. 3:10). Pero, gracias a Dios, no tenemos que permanecer en esta condición de impotencia y perdición. “Cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (5:6). “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (vers. 10).

La transacción total se resume en estas palabras sencillas: “Para muchos es un misterio la justificación por la fe. El pecador es justificado por Dios cuando se arrepiente de sus pecados. Ve a Jesús sobre la cruz del Calvario... Contempla el sacrificio expiatorio como su única esperanza mediante el arrepentimiento delante de Dios –porque las leyes de su gobierno han sido quebrantadas– y la fe en nuestro Señor Jesucristo, como aquel que puede salvar y limpiar al pecador de toda transgresión” (Elena de White, *Nuestra elevada vocación*, p. 54).

Jesús pagó la terrible deuda; su sangre cubre nuestros pecados del pasado. “Por la fe [el pecador que ha ofendido seriamente al Cielo] puede traer a Dios los méritos de Cristo, y el Señor coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador. La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre” (Elena de White, *Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890).

Nuestra parte en la transacción es la de rendirnos, arrepentirnos, confesar y por la fe reclamar a Cristo como nuestro Salvador. La parte de Cristo es la de recibirnos, perdonarnos y restaurarnos. Somos aceptados como hijos de Dios. ¡Nuestros pecados son cancelados! Somos contados por justos. Quedamos justificados delante de Dios. Y esto puede ocurrir en un instante.

"[Somos]... justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Rom. 3:24). ¡Justificados gratuitamente! Gracias a Dios, no somos perdonados de mala gana y puestos a prueba. "Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación" (5:11).

Gracias a Cristo y su justicia podemos estar frente al gran Juez del universo como si nunca hubiéramos pecado. "Hay esperanza", una bendita esperanza, porque el pasado ha sido resuelto. ¡La justicia imputada de Cristo lo hace realidad!

Después de ser justificados comenzamos una nueva vida en Cristo Jesús. ¡Pero hemos de mantener esta experiencia! Jesús lo expresó claramente: "Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mat. 24:13). ¡Necesitamos ayuda a lo largo del camino! ¡Gracias a Dios, esta ayuda ha sido provista, ha llegado a ser nuestra gracias a la justicia impartida de Cristo! "Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos" (2 Ped. 2:9). "La voluntad de Dios es vuestra santificación" (1 Tes. 4:3). "La santificación de la iglesia es el propósito de Dios en todo su trato con su pueblo" (Elena de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 447).

Dios provee su gracia habilitadora para que podamos alcanzar su elevada norma de santidad. La justicia impartida de Cristo prevalece en favor de cada santo esforzado. Hay esperanza y ayuda para nosotros en todo momento de cada día. "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13). El apóstol Santiago exclamó: "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Sant. 4:7).

"Bástate mi gracia", nos dice el mismo Jesús por medio de la pluma de Pablo (2 Cor. 12:9).

¡Nadie está obligado a fracasar! "Observa a los que van subiendo, listo para enviar ayuda cuando la mano afloja y el paso vacila. Sí, decílo con palabras llenas de ánimo, que ninguno de los que suben perseverante-

mente por esa escalera dejará de obtener entrada en la ciudad celestial” (Elena de White, *Mensajes para los jóvenes*, p. 93). ¡Qué preciosa promesa!

El secreto de la santificación se encuentra en las palabras de Juan: “Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros” (1 Juan 4:12). La sierva del Señor señala cuál es la parte que nos toca si deseamos vivir victoriosamente:

“Dios no fija límites al avance de aquellos que desean ser ‘llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia’. Por la oración, la vigilancia y el desarrollo en el conocimiento y comprensión, son ‘corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria’” (Elena de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 381).

¡Qué provisión tan gloriosa! No podemos fracasar si estamos vestidos con la justicia de Cristo. Hay esperanza y ayuda abundantes para cada uno de nosotros en nuestra lucha cotidiana por vivir una vida victoriosa. Dios nos da abundantemente lo que necesitamos para el día de hoy.

Pero ¡alabado sea Dios!, ¡esto no es todo! Gracias a la vida perfecta de Cristo y su muerte expiatoria, usted y yo podemos anticipar con confianza un mañana feliz. “Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él” (1 Juan 3:2). Pronto viene la hora cuando seremos como él es. “Todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Cor. 15:51-53). Entonces, tendremos un carácter como el suyo; seremos semejantes a él en cuerpo y carácter por la eternidad. Esta es la perfección definitiva, la glorificación: estar para siempre en casa con Dios y fuera del alcance del toque tentador del malvado. “Nunca más se manifestará el mal” (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, p. 558).

Estaremos con él y seremos como él para siempre. La justicia de Cristo será nuestra por las edades sin fin de la eternidad. ¡Qué pensamiento tan glorioso! ¡Que Dios apresure la llegada de ese día!

La justicia de Cristo hace provisión para nuestros pecados pasados: somos justificados por su justicia imputada. Su justicia hace provisión

para vivir cada día en victoria: somos santificados por su justicia impartida. Su justicia hace provisión para un futuro glorioso en su reino impoluto por el acto de la glorificación. Y todo esto es un don gratuito de la mano de un Padre celestial amante por medio de su Hijo Jesucristo.

No es de extrañar que la mensajera del Señor escribiera: "El pensamiento de que la justicia de Cristo nos es imputada, no por mérito nuestro alguno, sino como un don gratuito de Dios me pareció un pensamiento precioso" (Elena de White, *Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889).

"Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo" (Rom. 15:13).

Sí, hermano y hermana, hay esperanza, una esperanza radiante, y ayuda, una ayuda abundante, para usted y para mí en nuestra búsqueda cotidiana de la victoria. Aunque la norma sea elevada, no tenemos que temer al fracaso si hemos decidido ser socios de Cristo. Hay ayuda para el remanente, porque Dios nos ha provisto todo en Cristo Jesús.

Hermanos y hermanas, en estos días finales lo que el pueblo de Dios necesita no son los programas, los planes, las pólizas o los votos de comisiones. Lo que necesitamos es tener al Señor Jesucristo en nuestro corazón, y lo necesitamos desesperadamente. Necesitamos su sangre purificadora que nos lava del pecado y nos justifica delante de Dios. Necesitamos el dulce Espíritu de Jesús en nuestra vida, para que nos haga amables, cariñosos y comprensivos hacia los que nos rodean.

Si somos rudos o duros o fríos no tenemos a Jesús en nuestro corazón, porque la mensajera del Señor dice que él "nunca fue rudo ni dijo innecesariamente una palabra severa; nunca causó una pena innecesaria a un alma sensible" (Elena de White, *El camino a Cristo*, p. 10).

Si somos insensibles, impacientes o irritables, y nuestra conciencia no nos molesta hasta el punto de llevarnos a una confesión, si somos duros o críticos, si discutimos las faltas de los demás, si escribimos cartas ofensivas, Jesús no controla nuestro corazón.

Si hacemos distinción entre el rico y el pobre, el encumbrado y el humilde, si el color de la piel de una persona o su lugar de origen influye sobre nuestra relación con él o ella, Jesús no controla nuestro corazón.

El Espíritu de Cristo nos hará cariñosos, comprensivos, sensibles a las necesidades y sentimientos de aquellos con quienes nos relacionamos. Cuando tratamos a los demás como quisiéramos que ellos nos traten a nosotros; cuando somos amables, caritativos y misericordiosos hacia toda persona, cuando agradar a nuestro Salvador es la pasión suprema de nuestra vida, cuando amarlo a él y guardar sus mandamientos se ha convertido en la estrella matutina de nuestro peregrinaje cristiano, entonces verdaderamente tenemos a Jesús en nuestro corazón.

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo”, dice Jesús (Apoc. 3:20). Él está buscando entrar en mi corazón y en el suyo. Solo el arrepentimiento genuino –sentir verdaderamente que erramos– abrirá la puerta y le permitirá entrar.

Si las puertas de nuestro corazón se mantienen cerradas por la idolatría, la envidia, la necedad, la impureza, la deshonestidad, las maquinaciones, la glotonería o cualquier otra obra de la carne, simplemente no tenemos al Señor con nosotros.

Si estamos acariciando el pecado en nuestro corazón, él no puede y no nos obligará a abrir la puerta para molestarnos con su presencia. Hay mucho orgullo, envidia, codicia, mundanalidad y paja que tiene que ser quemada en nuestra vida antes de que podamos estar seguros de la presencia del Señor en nuestra vida. Si nos negamos ahora a responder a sus llamamientos, puede ser que él permita que el desastre, el derramamiento de sangre y la persecución nos despierten y nos preparen para recibirlo de corazón.

Hoy, mientras dura la hora de prueba, mientras la puerta de la misericordia todavía está abierta, necesitamos orar con toda sinceridad: “Señor Jesús, sé tú mi justicia, mi amor, mi fidelidad, mi firmeza, mi celo, mi todo. ¡Señor Jesús, sé todo para mí, porque solo no soy nada!” Tú y yo no podemos vivir la vida cristiana, no podemos revelar a Jesús a otros cuando intentamos hacerlo por nuestra cuenta. ¡Necesitamos ayuda, y esa ayuda viene de Jesús, el Salvador de la humanidad!

Bendito Señor, ¡cuánto te necesito!  
Soy débil y pecador, pobre y ciego;



toma mi mano temblorosa, condúceme;  
fuerza y vista encuentro en ti.

Vísteme con tu manto de humildad,  
el mío está manchado de pecar;  
enséñame primero a sentir mi debilidad,  
luego a buscar tu divina fuerza.

Seguro estoy si tú me guías,  
si confío en mí, ¡cuán pronto caigo!  
Camina conmigo la ruta difícil de la vida,  
tú mi luz, mi vida, mi todo.

Y lo que el futuro me traiga,  
ya sean sonrisas de gozo o lágrimas de dolor,  
seguirás siendo mi asidero,  
seguirás siendo el consuelo de mi alma.

—F. E. Belden.



*El pastor Robert H. Pierson fue presidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo de 1966 a 1979. Anteriormente había servido como presidente de Asociación, Unión y División en diferentes partes del mundo. Fue un prolífico escritor. Su biografía Radiant with Hope lo menciona como autor de 28 libros, muchos de ellos traducidos a diferentes idiomas. Además, escribió cientos de artículos para distintas revistas. El núcleo central de la predicación del pastor Pierson fue su énfasis en la obra del Espíritu Santo. Su palabra ágil, sencilla y profunda aun se escucha través de su obra escrita.*

